



De misionera en Ecuador

María emprendió un nuevo camino de fe después de que su hermana pequeña se recuperara de un cáncer de hígado. María estaba convencida de que el Dios en el que creían los adventistas del séptimo día había respondido sus oraciones, y ella y su familia se unieron a la Iglesia Adventista. Pero unirse a la Iglesia no le parecía suficiente. Dios había hecho mucho por ella y ella quería hacer algo más por él.

María era trabajadora social en Chile y ayudaba a niños en situación de riesgo. Aquel era un buen trabajo, ganaba bien y tenía buenos amigos.

Un día, un amigo le preguntó: “¿Te gustaría trasladarte a otro país para trabajar como misionera?” Y la invitó a apuntarse al Servicio Voluntario Adventista, el programa de la Iglesia Adventista mundial para voluntarios misioneros. Después, María asistió a un Congreso de Jóvenes adventistas en el que el predicador también hizo un llamado a ser misioneros. María no pudo negarse. Oró: “Aquí estoy Señor, envíame a mí”.

María se encontró sirviendo durante un año con el Servicio Voluntario Adventista en Ecuador. Utilizaría sus conocimientos de trabajo social para asesorar a niños y dar clases en una escuela adventista de Santo Domingo, la cuarta ciudad más grande de Ecuador.

Al principio, a María le costó adaptarse a la vida en un nuevo país porque echaba mucho de menos a sus padres y a sus dos hermanas. También le costó adaptarse al entorno. Ecuador y Chile están ambos en Sudamérica, pero a ella le parecían dos mundos aparte. Por un lado, la comida ecuatoriana le parecía sabrosa, pero muy diferente.

En Chile, la gente tomaba un desayuno ligero a base de yogur, pan y quizá fruta; en Ecuador, el desayuno consistía en arroz, porotos y plátano frito. Para esta misionera chilena, el desayuno ecuatoriano parecía más bien un almuerzo. Y estaban también los mosquitos. ¡Por todas partes! María usaba repelente, pero no parecía servirle de nada, pues tenía picaduras constantemente. El clima también era muy distinto. María estaba acostumbrada a los veranos calurosos y secos y a los inviernos fríos de Chile, pero Ecuador era siempre tropical, con mucha humedad y mucha lluvia.

Con el paso de las semanas, empezó a adaptarse a su nuevo entorno y le encantó servir a Dios en la escuela. Muchos niños procedían de un pueblo indígena conocido como Tsáchila. Los hombres indígenas se teñían el pelo de rojo y vestían faldas a rayas horizontales blancas y negras. Las mujeres llevaban faldas de colores vivos con rayas horizontales.

Los niños aprendían sobre Jesús en la escuela y también en el Club de Conquistadores de la iglesia. Luego iban a casa y enseñaban a sus padres lo que habían oído. María estaba asombrada al ver que los niños y sus padres se acercaban cada vez más a Dios como resultado del trabajo de ella en la escuela.

Las actividades de María iban más allá de la enseñanza. Se unió a un grupo de la iglesia que visitaba cada semana un centro de rehabilitación para alcohólicos. En el centro, daba estudios bíblicos y jugaba a diversos juegos con la gente. Varias de esas personas entregaron sus corazones a Jesús a través del bautismo. María también visitaba regu-

Cápsula informativa

- La capital de Chile es Santiago, donde vive alrededor del 40 % de la población.
- Chile es el país más meridional del mundo y el más cercano a la Antártida. Es un país largo y estrecho situado en la costa oeste de Sudamérica, entre el océano Pacífico y la Cordillera de los Andes. Se extiende más de 4.300 km de norte a sur, y tiene 350 km en su parte más ancha y 64 km en la más estrecha.

laramente un hogar infantil, donde contaba historias bíblicas y hacía representaciones con los niños.

A medida que iba pasando el año, María se fue asombrando al ver que Dios le mostraba dones espirituales que ella no sabía que tenía. Ella siempre había sabido que tenía el don de llegar a las mentes a través de la enseñanza, pero no se había dado cuenta de que también tenía el don de llegar a los corazones a través de la exhortación (ver Rom. 12:6-8). Siempre había sido tímida, pero ahora estaba aprendiendo a hablar de Dios en la escuela y en otros lugares. Com-

partió su testimonio personal en varias iglesias. Contó cómo había orado para que Dios salvara la vida de su hermana pequeña cuando estaba enferma de cáncer de hígado. Describió cómo Dios había respondido sus oraciones y ella y su familia se habían unido a la Iglesia Adventista. María se sorprendió al ver que un testimonio tan sencillo como el suyo podía cambiar corazones con la ayuda del Espíritu Santo.

Fue duro cuando terminó el año. María no quería dejar su campo de misión, pero entonces encontró uno nuevo. Tras regresar a Chile, le ofrecieron trabajo como consejera estudiantil y profesora en la Universidad Adventista de Chile. Estaba encantada. "Cumplí una misión en Ecuador y ahora este es mi campo de misión", nos dice.

Parte de la ofrenda de este trimestre se destinará a la Universidad Adventista de Chile. La universidad tiene planes de abrir un centro de Servicio Voluntario Adventista, que enviará treinta misioneros a diferentes partes del mundo cada año. El centro tendrá cinco aulas para capacitar a los estudiantes para ser misioneros, así como un auditorio para doscientos cincuenta personas. Gracias por hacer planes para dar una generosa ofrenda.